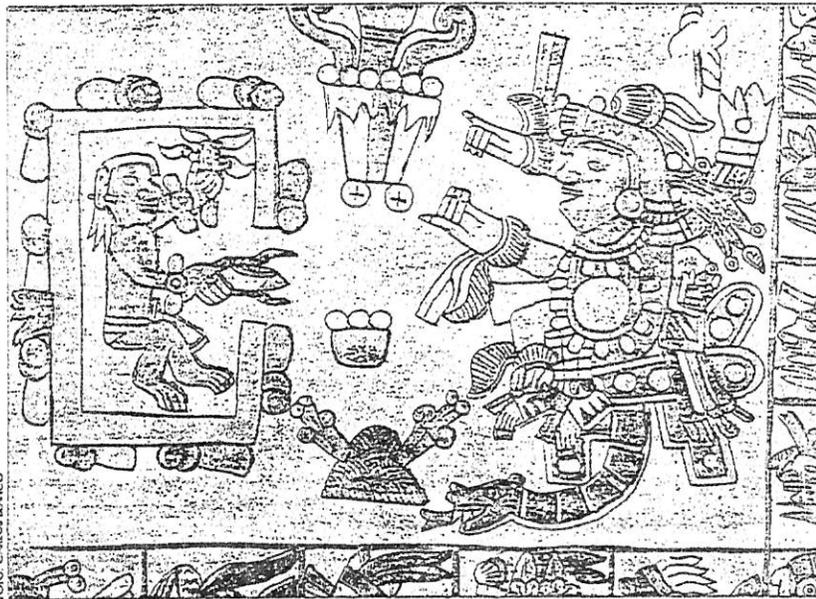


1610

5 copias

La unidad del hombre con el cosmos



Representación
de Chantico
o Quaxoloti,
Tonalamatl
de Aubin

Observación y cosmovisión en el mundo prehispánico

JOHANNA BRODA*

A partir de la unidad del hombre con el cosmos, se desarrolla la Mesoamérica prehispánica. La religión, la sociedad, las observaciones de la naturaleza constituyen partes de un mismo continuo que abarca todo el universo. La multitud de deidades, los calendarios, las matemáticas, la ideología, los ciclos agrícolas, los procesos socioeconómicos se fusionan para formar la cosmovisión dialéctica de lo que fue su mundo. Sin entender estos rasgos sería imposible valorar una civilización que, en esencia, establece diferencias con los esquemas culturales y científicos de Occidente.

La Mesoamérica prehispánica, al igual que otras civilizaciones arcaicas, se caracterizaba por la polivalencia funcional de sus instituciones. Esto significa que las instituciones económicas no estaban desligadas de las sociales, políticas e ideológicas, sino que todas ellas formaban un todo inseparable. Sólo en la sociedad capitalista moderna estas instituciones se vuelven entidades claramente delimitadas que desarrollan, cada una, su dinámica propia. En las civilizaciones arcaicas, los primeros conocimientos científicos surgieron en una íntima vinculación con la vida religiosa y social. La sede de la labor intelectual de los astrónomos-sacerdotes prehispánicos y, a la vez, símbolo de poder político, eran los templos. El auge que tuvieron en Mesoamérica las observaciones astronómicas a partir del primer milenio de nuestra era se conectaba con los procesos socioeconómicos del surgimiento de la sociedad agrícola altamente productiva, de su diferenciación interna en clases sociales y de la formación de los primeros estados mesoamericanos.

LA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA: INTEGRACIÓN COSMOS-SOCIEDAD

La religión mexicana, punto de partida para las presentes reflexiones, era politeísta. Politeísmo que contenía una clasificación del cosmos personificada en una multitud de deidades. La naturaleza y la sociedad se consideraban como unidad, una como imagen de la otra. Este pensamiento tomaba en cuenta las contradicciones inherentes a los fenómenos mismos. Era una dialéctica que descansaba en la observación directa de la naturaleza, así como en la experiencia histórica de una compleja vida social, fundándose, no en el distanciamiento del hombre de la naturaleza —la "objetivación" de ésta—, sino en la uni-



FOTO. CARLOS MARCO

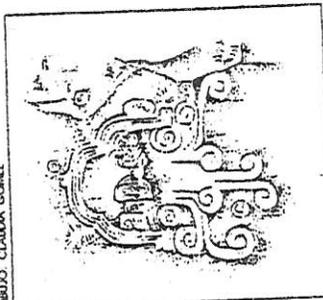
dad que sentía el hombre con el cosmos. El ser humano, los animales y los fenómenos naturales se concebían como partes de un mismo continuo que abarcaba todo el universo y era gobernado por sus leyes dialécticas.

LA OBSERVACIÓN DE LA NATURALEZA EN MESOAMÉRICA

A diferencia de muchos autores que han enfocado el estudio de la religión desligada de su contexto social y natural, planteamos aquí los vínculos entre religión, sociedad y observación de la naturaleza, y nos interesa indagar sobre el surgimiento del conocimiento exacto en la civilización prehispánica. Estos campos abarcaban los conocimientos de astronomía, calendarios, matemáticas, escritura, así como las nociones sobre geografía, clima, botánica, zoología, medicina, etc. En años recientes se han registrado avances significativos en el estudio de estos aspectos de la sociedad prehispánica, que bien merecerían ser reseñados aquí ampliamente, aunque,

por razones de espacio, esto no es posible. Nos concretaremos, en estas breves líneas, al tema de la observación de la naturaleza en lo que se refiere a la geografía y el clima, que eran fundamentales para anclar a la sociedad prehispánica en el mundo que la rodeaba.

Para fines de este análisis, podemos definir la observación de la naturaleza como la observación sistemática y repetida de los fenómenos naturales del medio ambiente que permite hacer predicciones y orientar el comportamiento social de acuerdo con esos conocimientos. La observación de la naturaleza proporcionaba uno de los elementos básicos para construir una cosmovisión, la cual entendemos como la visión estructurada en la que las nociones cosmológicas eran integradas en un sistema coherente. La cosmovisión mexicana explicaba el universo conocido en términos de un cuerpo de conocimientos exactos, al mismo tiempo que satisfacía las necesidades ideológicas de aquella sociedad. En esta perspectiva, nuestra posición con respecto a



DIBUJO. GUADALUPE GÓMEZ

Arriba
Representación de Xolotl
en el Tonalamatl de Aubin,
página 16.

Abajo
Relieve IA, periodo
Preclásico, Chalcatzingo,
Morelos. En una cueva,
consideradas por los antiguos
habitantes de México como
entradas al interior de la
tierra, un gobernante
(o posiblemente un ancestro)
está sentado en un trono.

* Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Catedrática de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

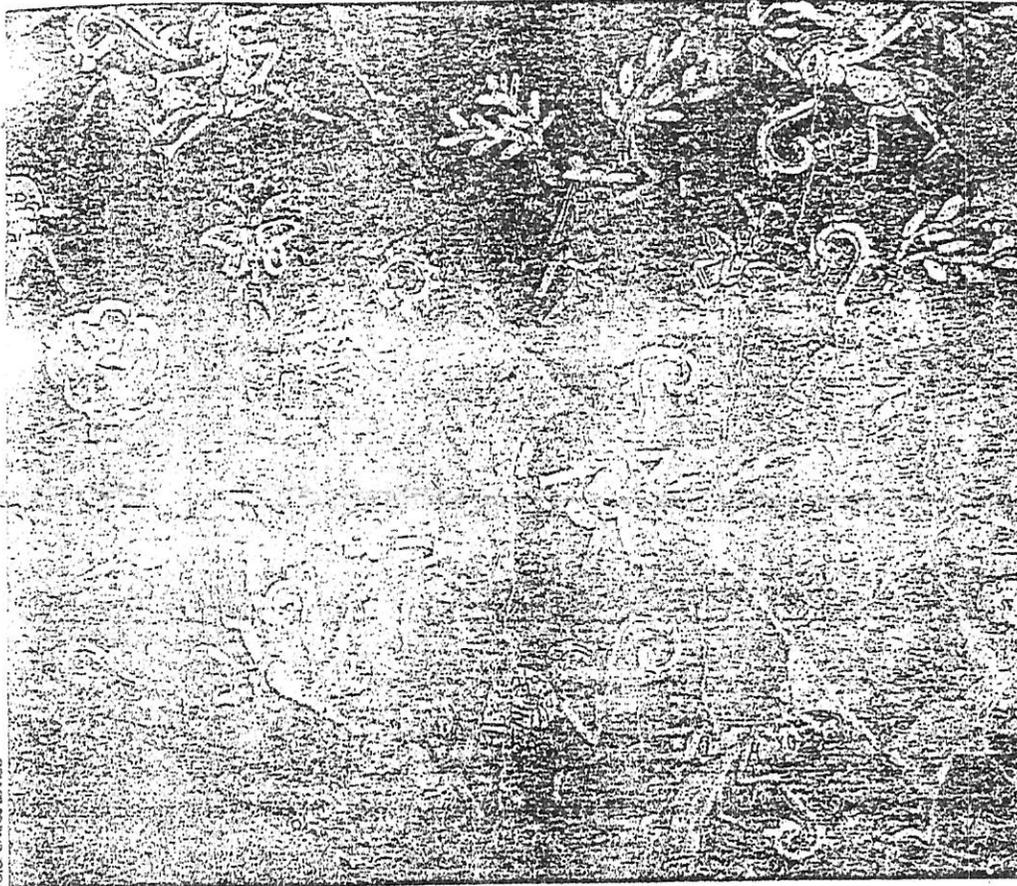


FOTO. CARLOS BARRAZO

lo que constituye la ciencia necesariamente tiene que ser muy general. La ciencia de las civilizaciones arcaicas se ve, históricamente, como parte de un todo social, al igual que la ciencia moderna es el producto histórico de la evolución cultural occidental, pero no representa el único parámetro para definir lo que es la ciencia. Este enfoque histórico que analiza la ciencia como un cuerpo de conocimientos exactos ligados a un contexto social nos permite discutir la relación que existía en la sociedad prehispánica entre la observación de la naturaleza, la astronomía, la geografía, el clima, la cosmovisión y la ideología.

EXPANSIÓN POLÍTICA DEL IMPERIO MEXICA Y NOCIÓN DEL ESPACIO

Las nociones geográficas y climatológicas de los mexica se referían al mundo que les era conocido. Este "mundo conocido" significaba también un espacio políticamente delimitado. La realidad histórica concreta era el imperio que los aztecas constru-

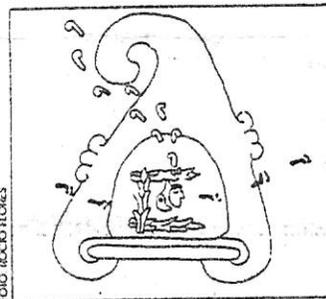


FOTO. ROCÍO FLORES

Arriba
Fragmento de mural teotihuacano llamado el Tlalocan. Muestra una multitud de individuos que desarrollan diversas actividades en un medio acuático.

Abajo
Huitzilopochtli, el dios patrón de los mexica, dirige un discurso a su pueblo, desde una cueva en el cerro de los ancestros: Colhuacán (códice Boturini I).

yeron durante el siglo anterior a la conquista española, imperio que alcanzó las costas del Pacífico y del Atlántico incorporando vastas áreas al sur, hasta lo que hoy es Guatemala. Las conquistas militares mexicas siguieron las antiguas rutas de comercio, así como los movimientos de expansión de los estados de Teotihuacán y de Tula que habían antecedido a los aztecas. Desde las primeras sociedades estatales en Mesoamérica, la interacción cultural siguió el patrón de intercambio entre la tierra fría del Altiplano central y, por el sur y occidente, las regiones de la tierra caliente. Por eso, desde fechas tempranas, el mar fue incorporado a la cosmovisión de los habitantes del Altiplano y se convirtió en su símbolo de la fertilidad absoluta. Pero el mar no sólo simbolizaba la fertilidad de la naturaleza sino también el dominio sobre los hombres de tierras lejanas. El mar, históricamente, fue uno de los grandes símbolos cosmológicos y de poder en la tradición cultural mesoamericana. Así, desde la antigua metrópoli de Teoti-

huacán —situada en el árido Altiplano central—, el paraíso del dios de la lluvia se representaba como un lugar con abundancia de agua, rodeado por elementos de fauna marina.

Tlaloc, el dios mexica de la lluvia y la agricultura, era una deidad ambigua que representaba tanto las fuerzas benéficas de las lluvias que engendraban la vida como los aspectos negativos del clima del Altiplano, donde las tormentas, las heladas y las inundaciones constituían una constante amenaza para los cultivos. El dios de la lluvia era también uno de los dioses más antiguos de Mesoamérica (al Tlaloc mexica le correspondía el dios maya Chac, el dios zapoteca Cocij, etc.). Durante el Clásico, fue la principal deidad del culto oficial de Teotihuacán y como tal aparece en los muros de esta gran metrópoli. La calidad contradictoria de los elementos naturales se reflejaba en las prácticas del culto que perseguían controlar estos fenómenos. Tlaloc no era sólo deidad de la lluvia sino también de la tierra y de los cerros; su papel como dios de los cerros era particularmente importante en la cosmovisión mexica. En esta función está representado en las pictografías del *Códice Borbónico*.

Para los mexicas, las montañas eran sagradas y se concebían como deidades atmosféricas. Se les identificaba con los *tlaloque*, seres pequeños que producían la tormenta y la lluvia y eran los servidores de Tlaloc. La pirámide de Tlaloc en el Templo Mayor era la recreación mítica del cerro de los mantenimientos o de "nuestro sustento"; el Tonacatépetl y su gran plataforma donde se enterraron la mayoría de las ofrendas representaba la tierra misma.

ESPACIO MÍTICO Y CONTENIDOS OBSERVACIONALES

Una característica general de la geografía y el clima de Mesoamérica eran sus condiciones extremas vinculadas a una enorme variedad de microclimas. Este territorio accidentado está dominado por enormes cadenas



FOTO ARCHIVO BIANCO

montañosas que encierran, dentro de sí, valles profundos. En las cumbres de los cerros se engendran las nubes portadoras de la lluvia, nubes y neblina que también cubren los valles y las innumerables cañadas. Las cuevas son otro rasgo topográfico particularmente común. Las cuevas, de hecho, parecen conducir al interior de la tierra. Con frecuencia contienen fuentes de agua cristalina, abarcan lagunas en su interior, o dan acceso a ríos que corren por debajo de la tierra.

El paisaje escarpado y la existencia frecuente de agua subterránea fueron interpretados por los pueblos prehispánicos en el sentido de que existía una conexión por debajo de la tierra que conectaba a las cuevas y las fuentes con el mar. El mar, que limitaba a Mesoamérica por ambas costas, jugaba un papel fundamental en generar los vientos que preceden el comienzo de la estación de lluvias. Ciertos fenómenos astronómicos, tales como el primer paso del Sol por el cenit, o la desaparición de las Pléyades durante el mes de mayo, también anunciaban la llegada de las lluvias y marcaban momentos claves del ciclo agrícola y de los ritos de la fertilidad.

En la cosmovisión mexicana, las montañas se concebían "como si fuesen vasos grandes de agua, o como casas llenas de agua". Se pensaba que contenían las aguas subterráneas que llenaban el espacio debajo de la tierra. Este espacio era el Tlalocan —el paraíso del dios de la lluvia— y de él salían las fuentes para formar los ríos, los lagos y el mar. Los cronistas del siglo XVI describen estos conceptos cosmológicos de manera evocativa. Según lo demuestran testimonios etnográficos recientes, en la actualidad siguen existiendo en la cosmovisión indígena los mismos conceptos.

Las cuevas eran la entrada a este reino subterráneo sumergido en el agua. Al mismo tiempo, se les consideraba lugares de origen, o entradas a las entrañas de la tierra. Cuevas y cerros formaban sólo dos lados de la misma moneda; así, las montañas se vinculaban también con los ancestros, eran lugares de origen y de la legitimación de los grupos étnicos.

En este contexto, el término náhuatl para pueblo, *altépetl*, era particularmente significativo. Su traducción es, precisamente, "cerro lleno de agua" y su conocida representación glífica consiste en un cerro con fauces y una cueva en su base. Los principales templos, como símbolos de la identidad de la comunidad política, eran también concebidos como cerros llenos de agua. El Templo Mayor de Tenochtitlán se visualizaba como una montaña sagrada fundada sobre unas rocas que cubrían las aguas subterráneas como una cueva. La isla de Tenochtitlán, de hecho, se encontraba muy cerca del nivel freático. En cierta manera, ella formaba una réplica del Cemanahuac, "el lugar rodeado por agua", es decir, la Tierra, que los mexicas concebían como un disco flotando sobre el agua.

Los mexicas compartían las concepciones referidas con los demás pueblos de Mesoamérica; lo demuestran numerosos ejemplos iconográficos y arqueológicos que se remontan a los orígenes de esta cosmovisión en el período Preclásico. Un magnífico ejemplo son los relie-



FOTO ARCHIVO BIANCO

Representación de Aco o tallo de una planta. En la parte superior muestra el signo de Youal-nepantla. Tonalamatl de Aubin, página 10.

Izquierda
La Diosa Chalchiuhtlicue,
Teotihuacán, Clásico.

ves grabados en la roca de Chalcatzingo, Morelos.

EL CULTO DEL TEMPLO MAYOR DE TENOCHTITLÁN

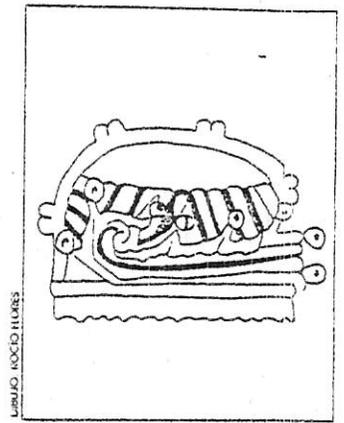
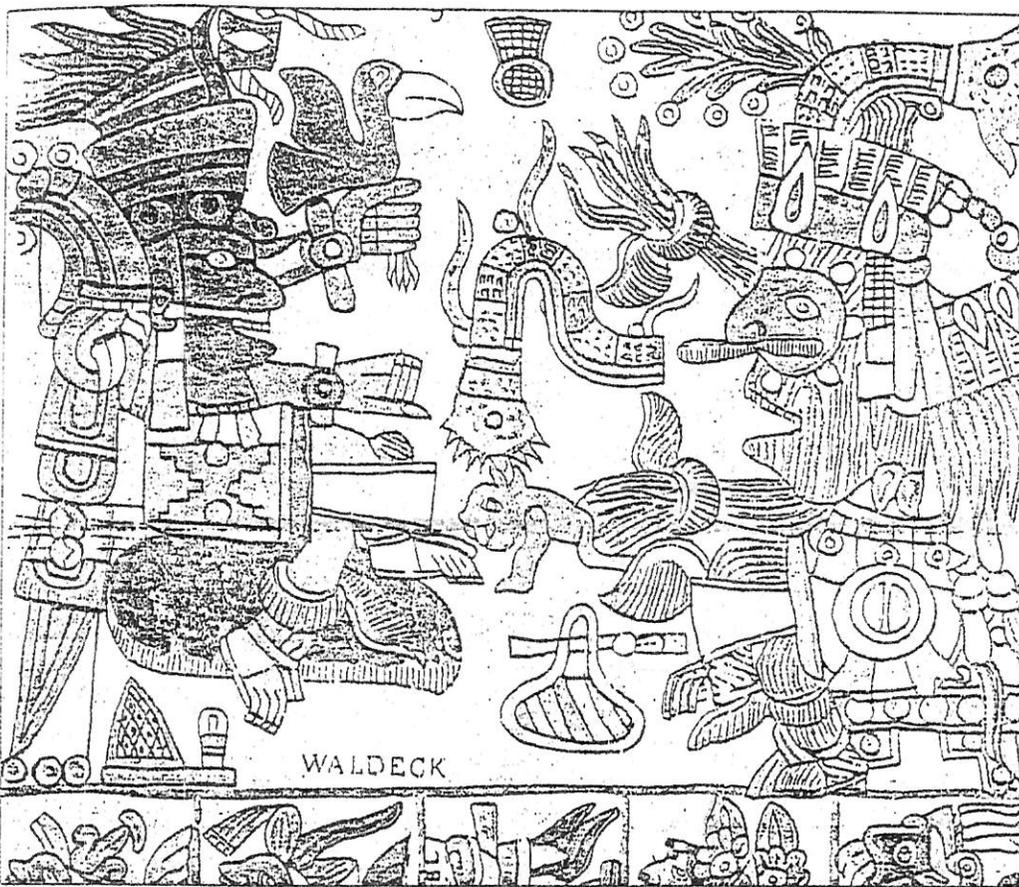
Los conceptos cosmológicos mexicas daban forma al culto oficial del Estado que se desarrollaba en la capital del imperio. El culto del Templo Mayor contenía numerosas referencias a los ciclos naturales: las estaciones, el clima, los ciclos agrícolas, el crecimiento de las plantas y flores, el ciclo de vida de los hombres y la fertilidad en general.

En el calendario mesoamericano, la división básica del año era entre la estación seca y la de lluvias. No existen cuatro estaciones en las latitudes tropicales de Mesoamérica, y los antiguos mexicanos tenían plena conciencia de este hecho. Las principales fechas de los ciclos climáticos y agrícolas se reflejaban en las fiestas del calendario mexicana. Se atribuía una gran importancia a los fenómenos astronómicos que anunciaban el cambio climático.

En la reciente excavación del Templo Mayor se han desenterrado grandes cantidades de ofrendas relacionadas con el culto del agua. Muchas de ellas son restos de animales marinos que fueron transportados al Templo Mayor desde lejanos lugares situados en las costas del Pacífico o del Atlántico. Estas ofrendas marinas tenían la finalidad de conjurar la presencia del mar en el corazón del imperio mexicana, como la expresión absoluta del agua y de la fertilidad.

CONCLUSIONES

La religión mexicana compartía una herencia común mesoamericana en la cual los elementos de la observación de la naturaleza eran muy importantes. Como ejemplo, hemos tratado el culto a los cerros, las cuevas y el mar, que tenía su fundamento en las condiciones específicas del medio ambiente de Mesoamérica. El desarrollo del calendario, basado en la observación astronómica, constituía otro núcleo central de la religión prehispánica.

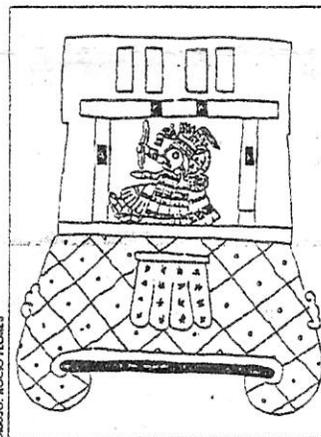


Los mexicas derivaban una serie de conclusiones precisas sobre las relaciones de causa y efecto que regían la geografía, el clima y la astronomía. Sin embargo, en otras dimensiones, esta explicación causal fue dada en términos puramente mítico, que se alejaban del fundamento natural. El propósito no era tanto la observación exacta, desligada de la vida social, sino su aplicación concreta a ella. El calendario sirve de ejemplo. Implicaba un alto grado de precisión, de observaciones astronómicas y conocimientos sofisticados. Tenía su aplicación práctica en las actividades agrícolas y económicas. Al mismo tiempo, su entrelazamiento con la magia y el ritual era abrumador. El calendario, como creación humana, constituía tanto un logro científico como un sistema social. El esfuerzo de su elaboración consistía, precisamente, en buscar denominadores comunes para ser aplicados tanto a la observación de la naturaleza como a la sociedad.



Superior
Tonalamatl de Aubin,
Xiuhtecutli
y Tlauizcalpan-tecutli,
página 9.

Inferior
Escultura que representa a
Tláloc-Tlauhtecutli, señor de
la Tierra. Templo Mayor,
México, D. F.



Página 24 del código
Borbónico. Para los
habitantes del Altiplano
Central los cerros eran un
lugar idóneo para el culto a los
dioses de la lluvia. En esta
representación del código
Borbónico (página 24), se
muestra a Tláloc en su templo
en el cerro como símbolo del
mes de Tozoztontli.



Representación del glifo
del pueblo de
Quauhechollan, con
referencia específica del
lugar, dos cabezas de águila;
se muestra al glifo utilizado
comúnmente para designar
al altépetl o la comunidad
(Historia Tolteca-
Chichimeca, hoja 39 V).

Arriba der.
Representación de una
fuente que brota de una
cueva. (Código *Selden* 5-III).

En Mesoamérica no existía la dicotomía entre ciencia y religión tal como ocurre en las sociedades occidentales modernas. La observación exacta de la naturaleza estaba íntimamente ligada a los elementos religiosos, y todos ellos formaban una unidad para el hombre mesoamericano. En las culturas antiguas existían muchos códigos que tienen que ser leídos y descifrados simultáneamente. La cosmovisión, como contemplación estructurada del universo en relación al hombre, representaba esta íntima fusión de sus elementos constituyentes. ☉